

jes, durmiendo bajo el mismo techo, comiendo á la misma mesa, aproximados sin cesar por las necesidades de los ensayos y por los incidentes escénicos? Para ello seria menester que fuesen ángeles.

—Isabel lo es de fijo, y sin el orgullo que precipitó del cielo á Lucifer,—repuso la dueña.—Respecto á Sigognac, este obedece ciegamente á su amada, y acepta todos los sacrificios que ella le impone.

—Si es así como decís,—dijo el jóven duque,—¿qué podeis hacer vos por mí? Ea, buscad en algun secreto rincón de vuestra caja de la malicia una rancia irresistible estratagema, una trapacería ingeniosa, una maquinacion de complicadas ruedas que me proporcione la victoria; ya sabeis que no estoy por dinero.

Y al proferir estas palabras, sumerjió la mano, más blanca y tan fina como la de una mujer, en una copa de Benvenuto Cellini colocada encima de una mesa próxima á él, llena de monedas de oro, á la vista de las cuales y al sonido persuasivo que producian al moverlas entre sus dedos el duque, los ojos de mochuelo de la dueña se inflamaron de codicia.

La señora Leonarda pareció reflexionar profundamente y guardó algunos instantes de silencio.

Vallombreuse esperaba impaciente el resultado de aquella meditacion.

Por fin la vieja levantó la cabeza, y tomando de nuevo la palabra, dijo:

—En defecto de su alma, quizás podré entregaros su cuerpo. Un molde de cerradura en cera, una llave falsa y un narcótico eficaz obrarán el milagro.

—¡Nada de eso!—interrumpió el duque, quien no pudo sustraerse á un movimiento de disgusto.—¡Jamás me rebajaré tanto!

—Vuestra merced tiene razon,—dijo Leonarda;—aunque yo no proponia este medio sino como recurso extremo. Tam-

poco á mí me agradan esos medios tenebrosos y esos breva-
ges que huelen á envenenadora. Mas ¿por qué siendo, como sois, hermoso como Adonis favorito de Venus, de porte ostentoso, rico, influyente en la corte, teniendo todo cuanto agrada á las mujeres, no haceis sencillamente el amor á Isabel?

—Vive Dios que la vieja tiene razon,—exclamó Vallombreuse, lanzando una mirada de complacencia á un espejo de Venecia sostenido por dos amores esculpidos que se sostenian en equilibrio sobre una flecha de oro, de manera que el cristal se inclinaba ó se levantaba á voluntad para que uno pudiese verse en él más cómodamente.—Por más que Isabel sea fria y virtuosa, no es ciega, y la naturaleza no ha sido para mí tan madrastra que mi presencia inspire horror. Cuanto ménos, le haré el efecto de una estatua ó de un cuadro que si no cautiva causa admiracion, retiene la mirada y halaga por su simetría y su agradable colorido. Y luego le diré palabras de esas á las cuales no resisten las mujeres, y le dirigiré miradas de esas á cuyo calor se funde el hielo de los corazones, y cuyo fuego, sin fatuidad sea dicho, ha incendiado el de las bellas más hiperbóreas de la corte; además esa comedianta es activa, y la persecucion de un duque no puede ménos que halagar su orgullo. La aplaudiré en el teatro y crearé atmósfera á su favor, y milagro será entonces si piensa todavía en ese Sigognac de quien sabré deshacerme.

—¿Tiene algo más que ordenar, el señor duque?—dijo la señora Leonarda, quien se habia levantado y permanecía con las manos cruzadas sobre su cintura en actitud de espera respetuosa.

—No,—respondió Vallombreuse,—podeis retiraros, pero antes tomad esto (y le tendió un puñado de luses de oro), no es culpa vuestra si en la compañía de Herodes se encuentra una virtud inverosímil.

La vieja dió las gracias al duque y se retiró caminando hácia atrás, sin cogerse el guardapiés con estos, lo que no era

de extrañar dada la costumbre que de ello habia adquirido en el teatro. Llegado que hubo á la puerta, la señora Leonarda dió media vuelta y desapareció pronto en las profundidades de la escalera.

*
**

Quando quedó solo, Vallombreuse llamó con un timbre á su ayuda de cámara para que le vistiese y compusiese su tocado.

—Ea, Picard,—dijo el duque,—es preciso que te excedas y me hagas un tocado irresistible; quiero ser más bello que Buckingham esforzándose en agradar á la reina Ana de Austria. Si vuelvo de mi caza á la beldad sin conseguir un triunfo, prepárate á recibir una mano de azotes, pues no necesito de postizos para disimular ningun defecto ó vicio.

—Vuestra merced es gallardo,—respondió Picard, y en vos, señor, la Naturaleza realza el Arte. Si el señor duque quiere sentarse delante del espejo y tomar unos minutos de paciencia, voy á rizarle y adonizarle de manera que no habrá bella que le resista.

Dijo el ayuda de cámara, y metió los hierros de rizar en una copa de plata debajo de cuyas cenizas ardian con dulce fuego huesos de aceituna, y cuando alcanzaron el debido grado de calor, lo que aquel conoció aproximándoselos á la megilla, empezó á pellizcar por el extremo los finos bucles de ébano del duque, cuya flexibilidad parecia no pedir otra cosa que contornearse coquetamente en espiral.

Dado fin al tocado del duque de Vallombreuse, y cuando un cosmético de perfume más suave y aromático que el bálsamo hubo fijado sus finos bigotes parecidos al arco de Cupido, el ayuda de cámara, satisfecho de su obra, se hizo un poco atrás para contemplarlo, como pintor que mira, medio cerrando los ojos, el último toque dado á su cuadro.

—¿Qué traje quiere hoy vestir el señor duque?—preguntó

Picard.—Si yo me atreviese á dar un parecer á quien no necesita de él, aconsejaria á su merced el traje de terciopelo negro con cuchilladas y borlas de raso del mismo color, con las medias de seda y el cuello de punto de Ragusa. Los brocados, los rasos espolinados, las telas de oro y de plata, las pedrerías, podrian, por su brillo intempestivo, distraer las miradas que deben fijarse sólo en el rostro de su merced, cuyos encantos no han sido nunca tan irresistibles; el negro realza la palidez que á su merced le queda todavía de la herida y tanto interés le da.

—Lo que es el tunante tiene gusto, y sabe lisonjear tan bien como un cortesano,—murmuró interiormente Vallombreuse;—sí, el negro me sentará bien: Isabel, por otra parte, no es mujer á quien deslumbren brocados y diamantes. Picard,—prosiguió en alta voz,—dame el jubon y las calzas de terciopelo, y tráeme la espada de acero bruñido. Ahora, dí á Ramiza que haga enganchar los caballos á la carroza, los cuatro bayos, pronto. Quiero salir dentro de un cuarto de hora.

Picard se fué volando á transmitir las órdenes de su señor.

Interin se disponia la carroza, Vallombreuse se paseaba por su gabinete, lanzando, cada vez que pasaba delante, una mirada interrogadora al espejo de Venecia, el cual, al revés de lo que acostumbran los espejos, la daba una respuesta aduladora á cada pregunta.

—Endiabladamente soberbia, arisca y sin gusto tendria que ser esa cotorrera,—decia para sí el duque,—para no quedar súbita é instantáneamente loca de amor por mí, á pesar de sus dengues de virtud y sus languideces platónicas con Sigognac. Sí, mi bella, pronto figurareis en uno de estos ovalados medallones, pintada al natural, como Diana (1)

(1) Diosa de la caza, hija de Júpiter y Latona, y hermana de Apolo. Llamábanla Hecate en los infiernos, Luna ó Febea en el cielo y Diana en la tier-

obligada pese á su frialdad á venir á entregarse á Endimion. Sí, ocupareis un sitio entre estas deidades que en un principio fueron no ménos gazmoñas, ariscas é hircanianas que vos no lo sereis jamás. Pronto vuestra derrota será trofeo de mi victoria, porque sabed, comediantilla, que nadie puede oponerse á la voluntad de un Vallombreuse. *Frango nec frangor*, tal es mi divisa.

Un lacayo vino á anunciar al duque que la carroza aguardaba á su merced.

La distancia que separa la calle de los Torrejones, donde vivia el duque de Vallombreuse, de la calle Delfina, fué salvada en un santiamen al trote de cuatro briosos mecklemburgueses guiados por un cochero de casa principal, que no hubiera cedido la acera á un príncipe de la sangre, y quien arrollaba insolentemente cuantos carruajes se cruzaban en su camino.

Por osado que fuese el duque y por muy seguro que estaba. Tenia aun otros nombres, segun los lugares donde la reverenciaban particularmente. Mirábanla como á la diosa de la castidad; y era tanto su recato, que convirtió á Acteon en ciervo, porque la miró en un baño. Llevaba en su seguimiento muchas ninfas, á cual más hermosas, y no sufría en su compañía á ninguna que no fuese tan casta como ella, por lo que apartó de sí á Calisto, que se dejó vencer de Júpiter. Dicen sin embargo, que quiso á Endimion, pastor de la Caria, y Nieto del Tonante, después de haber sido este sorprendido con Juno y condenado á dormir treinta años, y no atreviéndose á visitarle por el dia, bajaba del cielo todas las noches á verle, y tuvo de él muchos hijos. Como quiera que sea, si no era más recatada que las otras diosas, á lo ménos aparentaba serlo. Casi siempre andaba á caza, no habitaba sino en los bosques, y la seguian multitud de perros. Los sátiros, las driadas, etc., celebraban fiestas en su honra. Algunas veces la representaban en un carro arrastrado por ciervas, armada de un arco, y de un carcaj lleno de flechas, y con una media luna en la cabeza. Tenia en Efeso el templo más magnífico que habia en el mundo. (N. del T.)

viese de sí mismo, durante el trayecto no dejó de experimentar cierta emocion rara en él. La incertidumbre de cómo seria recibido de la desdeñosa Isabel, hacíale latir el corazón con mayor violencia que de costumbre, y eran por demás encontrados los sentimientos que le agitaban; pasando del odio al amor, segun se imaginase á la jóven actriz rebelde ó dócil á sus deseos.

Cuando la rica dorada carroza, arrastrada por soberbios caballos y atestada de lacayos con la librea de Vallombreuse, entró en la posada de la calle Delfina, cuyas puertas se abrieron en par en par para franquearle el paso, el hostelero se quitó apresuradamente la gorra, y más que bajó, precipitose de lo alto de la escalera, donde se hallaba, para dirigirse al encuentro de aquel espléndido visitador, é informarse de lo que deseaba.

Por diligente que hubiese andado el dueño de la posada, Vallombreuse, que habia saltado de la carroza sin ayuda del estribo, avanzaba ya con paso rápido hácia la escalera.

El jóven duque, con la voz estridente y breve que le era familiar cuando le dominaba alguna pasion, dijo al posadero, quien permanecia en pié, inmóvil, delante de él con la frente inclinada hasta las rodillas:

—En esta casa vive la señorita Isabel. Quisiera verla. ¿Se encuentra ahora en su cuarto? No hay necesidad de prevenirme mi visita. Dadme tan sólo un lacayo que me acompañe hasta la puerta.

A lo que el hostelero respondió con respetuosas cortesías, y añadió:

—Monseñor, dejad para mí la gloria de acompañaros, pues no es digno de tal honor un picaronazo de criado, cuando apenas alcanza merecerlo el amo de la casa.

—Como querais,—dijo Vallombreuse con altiva indolencia,—pero daos prisa, porque ya empieza á acudir gente á las ventanas para mirarme cual si fuese el Gran Turco ó el Amorabaquin.

—Voy á precederos para guiaros,—dijo el posadero, sosteniendo apretada contra su corazón y con ambas manos su gorra.

Ya en lo alto de la escalera, el duque y su guía tomaron por un corredor con muchas puertas, parecido á un claustro de convento, y llegado que hubieron delante del cuarto de Isabel, el hostelero se detuvo y preguntó respetuosamente á Vallombreuse:

—¿A quién tendré el honor de anunciar?

—Podeis retiraros,—respondió el duque poniendo la mano en la llave,—me anunciaré yo mismo.

Dijo, y empujó suavemente la puerta que se abrió sin resistencia.

Isabel, sentada cerca de la ventana en una silla de alto respaldo, en traje de mañana, con los piés indolentemente tendidos sobre un taburete de tapicería, estaba estudiando el papel que le cabia en la nueva comedia que debía representarse próximamente.

Con los ojos cerrados, á fin de no ver las palabras escritas en el cuaderno que en la mano tenia, la jóven repetía en voz baja, como un escolar su lección, los ocho ó diez versos que acababa de leer por centésima vez.

La luz de la ventana, dibujando el aterciopelado contorno de su correcto perfil, salpicaba de áureas chispas los cabellos que se ensortijaban sobre su nuca, y hacia lucir el trasparente nácar de sus diminutos dientes á través de su entreabierta purpurina boca.

Un argentado reflejo templaba, con su diáfana luz, lo que las sombras de sus carnes y de su vestido hubieran podido tener de excesivamente duras, y producía ese efecto mágico tan buscado de los pintores, y al cual estos dan, en su lenguaje, el nombre de «claro oscuro.»

Formaba la jóven actriz, en semejante actitud, uno de esos seductores cuadros que no necesitan más que ser copiados para convertirse en gloria y perla de una galería.

En la creencia de que quien entraba era alguna camarera para llenar atenciones del servicio, Isabel no había levantado sus párpados cuyas largas pestañas, atravesadas por la claridad, semejaban á hilos de oro, y prosiguió con somnolencia meditabunda declamando maquinalmente sus rimas como quien pasa las cuentas de un rosario, es decir sin darse cuenta de ello.

Por otra parte la jóven estaba tranquila. ¿Qué podía temer en mitad del día, en una posada llena de gente, cerca de sus compañeros, é ignorante de que Vallombreuse se hallase en Paris?

Las tentativas contra Sigognac no se habían repetido, y la jóven actriz, á pesar de su natural timidez, empezaba á abrir su pecho á la confianza, pues para ella estaba fuera de duda que su frialdad había desalentado al duque, en quien pensaba en aquel instante como en el preste Juan de las Indias ó en el emperador de la China.

Vallombreuse había avanzado hasta el centro del cuarto, suspendiendo sus pasos, reteniendo el aliento, para no turbar el delicioso cuadro que se ofrecía á sus ojos y al que contemplaba con éxtasis fácil de concebir.

Aguardando que Isabel levantase los ojos y le viese, había puesto una rodilla en tierra y sostenía con una mano su sombrero cuya pluma barria el suelo, mientras apoyaba la otra sobre su corazón en actitud que no hubiera podido exigirse más respetuosa para una reina.

Si la jóven actriz era bella, Vallombreuse, hay que confesarlo, no lo era ménos; la luz daba de lleno en su rostro de regularidad perfecta parecido al de un jóven dios griego que se hubiese hecho duque despues de la caducidad del Olimpo.

En aquel momento, el amor y la admiración que se da-